

Bourdieu, P. (2003) *Los usos sociales de la ciencia. Por una sociología clínica del campo científico*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Podría citarse aquí como inspiración mas general la idea de *campos* de Pierre Bourdieu, donde ciertas instituciones son capaces de construir normas y/o formas de funcionamiento relativamente autónomas de las leyes sociales:

“Mi hipótesis consiste en suponer que entre estos dos polos, muy distantes, entre los cuales se presume, un poco imprudentemente, que puede pasar la corriente, hay un universo intermedio que llamo *campo literario, artístico, jurídico o científico*, es decir, el universo en el que se incluyen los agentes y las instituciones que producen, reproducen o difunden el arte, la literatura o la ciencia. Ese universo es un mundo social como los demás, pero que obedece a las leyes sociales más o menos específicas.

La noción de campo pretende designar ese espacio relativamente autónomo, ese microcosmos provisto de sus propias leyes. Si bien está sometido, como el macrocosmos, a leyes sociales, éstas no son las mismas. Si bien nunca escapa del todo a las coacciones del macrocosmos, dispone de una autonomía parcial, más o menos marcada, con respecto a él. Y una de las grandes cuestiones que se planteará en referencia a los campos (y subcampos) científicos será precisamente el grado de autonomía de que disfrutan” (Bourdieu, 2003; p.74-75).

De esta forma se pone en discusión la dicotomía que venimos planteando entre ciencia puramente autónoma y ciencia atada a necesidades económico-sociales. Para este autor, la tensión entre estos dos polos se encuentra mediada por la propia lógica (leyes) del campo científico:

“En otras palabras, es preciso salir de la alternativa de la ciencia pura, totalmente liberada de cualquier necesidad social y la ciencia servil, sometidas a todas las exigencias político-económicas. El campo científico es un mundo social y, como tal, ejerce coacciones, solicitudes, etc., pero que son relativamente independientes de las coacciones del mundo social global que lo engloba. En realidad, las coacciones externas, cualquiera sea su naturaleza, al no ejercerse sino por intermedio del campo, con mediatizadas por la lógica de éste” (Bourdieu, 2003; p.75).

Las ideas de Bourdieu implican una crítica a las ideas mecanicistas del comportamiento de los científicos. Esto se basa en que, supuestamente, para forzar una actividad determinada dentro del campo, una persona o institución debería ser capaz de torcer la lógica de aquél, lo cual no resultará sencillo. Las posibilidades de lograr este cometido serán proporcionales al *capital científico* con que cuente cada agente.¹ Por tanto, según este autor, si bien las restricciones económicas a través de las que se imponen las leyes externas pueden afectar la autonomía del campo científico, las mayores transformaciones provendrán del grado en que dicho campo se encuentre protegido contra las intrusiones, lo cual dependerá a su vez de la cantidad de capital científico colectivamente acumulado por sus participantes.

En consecuencia, la transformación de las lógicas de construcción de conocimiento pasa más por problemáticas internas de los propios científicos que por influencias externas. Los agentes participantes del campo buscan continuamente ampliar su capital y toman sus decisiones en busca de ello, con lo cual todo cambio aparecido en sus lógicas deriva de sus propias necesidades internas. A través de ello, Bourdieu justifica la aparición de la retórica de la “demanda social” en el mundo de la ciencia:

¹ “...el capital científico es una especie particular de capital simbólico (del que sabemos que siempre se funda en actos de conocimiento y reconocimiento) que consiste en el reconocimiento (o el crédito) otorgado por el conjunto de los pares-competidores dentro del campo científico” (Bourdieu, 2003; p.79).

“Así, por ejemplo, la retórica de la demanda social que se impone particularmente en una institución científica que reconoce oficialmente las funciones sociales de la ciencia, se inspira menos en una preocupación real por satisfacer las necesidades y expectativas de tal o cual categoría de *clientes* (pequeños o grandes agricultores, industrias agroalimentarias, organizaciones agrícolas, ministerios, etc) e incluso por obtener de ese modo su apoyo, que por asegurar una forma relativamente indiscutible de legitimidad y, al mismo tiempo, una inyección de fuerza simbólica en las luchas internas de competencia por el monopolio de la definición legítima de la práctica científica” (Bourdieu, 2003; p.100).